GIOVANNI BOCCACCIO

# BREVE ELOGIO DE DANTE

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE MARILENA DE CHIARA

BARCELONA 2025 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Trattatello in laude di Dante*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2025 by Mariafilomena De Chiara
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Seis poetas toscanos* (1544), de Giorgio Vasari

ISBN: 978-84-19958-47-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 23556-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

# BREVE NOTA A LA TRADUCCIÓN

Boccaccio compuso tres versiones sucesivas (entre 1351 y 1366) de su retrato y elogio de Dante. Se traduce aquí la primera: más amplia y de estructura más compleja que las dos posteriores, enriquecida por anécdotas y digresiones, se caracteriza por el estilo mordaz y la inconfundible ironía boccacciana. La traducción traslada precisamente este rasgo de la poética—evidente en *El Decamerón* y en toda la obra del autor—al léxico y a la sintaxis, en el diálogo que Boccaccio establece con Dante y su *Comedia*, con la visión de la poesía y su vínculo con la sociedad (que comparte con su contemporáneo Francesco Petrarca) y con su intención, en el doble rol de biógrafo y crítico (al que se podría sumar un tercero: el de mitógrafo).

Para que se entienda su importancia semántica, histórica, política y social, se mantienen en italiano todos los nombres propios de personas y de localidades, específicas de la topografía dantesca, que no tienen traducción al español.

## AQUÍ COMIENZA EL TRATADO SOBRE LOS ORÍGENES, LA VIDA, LOS ESTUDIOS Y LA MUERTE DEL FAMOSO FLORENTINO DANTE ALIGHIERI, POETA ILUSTRE, Y SOBRE LAS OBRAS QUE ÉL COMPUSO.

Solón, cuyo pecho fue considerado un templo de sabiduría divina y cuyas leyes sagradas siguen siendo para los hombres del presente un testimonio preclaro de la justicia antigua, decía a menudo—según relatan algunos—que toda república, como los seres humanos, se apoya y camina sobre dos pies. De manera muy sensata, afirmaba que el pie derecho no dejaba que ningún pecado permaneciera impune y que el izquierdo compensaba los actos bien hechos. Y añadía que si, por vicio o por negligencia, se omitía cualquiera de las dos tareas o no se respetaban a conciencia, sin duda aquella república avanzaría coja. Y si por desgracia se traicionaban ambos cometidos, estaba seguro de que no podría ni aguantarse de pie.

Por tanto, movidos por esta máxima (encomia-

ble y a todas luces cierta), pueblos célebres y antiguos rendían honores a los hombres valiosos, unas veces venerándolos como divinidades, otras erigiendo en su honor estatuas de mármol u otorgándoles sepulcros ilustres, y otras por medio de arcos triunfales o coronándoles con laurel, según los méritos correspondientes. No me interesa, en cambio, relatar las penas infligidas a los culpables. Por estos honores y condenas, las repúblicas asiria, macedonia, griega y finalmente romana ampliaron, con su labor, los confines de sus territorios y su fama alcanzó las estrellas. Pero los sucesores del presente—y sobre todo mis conciudadanos florentinos—no siguieron las huellas y ni tan elevado ejemplo y se han desviado tanto del recto camino que hoy el más ambicioso consigue el premio que le correspondería al de mayor virtud. Por eso, tanto yo como cualquiera que observe con ojo juicioso ve con gran aflicción en el alma que hombres malvados y perversos ocupan cargos elevados y reciben recompensas, mientras los buenos son expulsados, desalentados y denigrados. Los que gobiernan el timón de esta nave verán qué final les reserva el juicio de Dios: nosotros (gentes inferiores) somos arrastrados por la marea, por la Fortuna, pero no somos partíci-

pes de la culpa. Y aunque lo que predecimos podría perdonarse con indultos inaceptables, para revelar nuestros defectos y cumplir con mi propósito principal, me bastará con narrar sólo una circunstancia (que no es irrelevante ni pequeña): el exilio del ilustre Dante Alighieri. Por virtud y por sabiduría este ciudadano antiguo (y no de oscuro parentesco) merecía reconocimiento, como prueban sus obras y actos: si se hubieran dado en una república justa, sin duda le habrían valido altísimas recompensas.

¡Pensamiento perverso, obra deshonesta, ejemplo miserable y argumento evidente de ruina futura! En vez de darle merecido reconocimiento, lo condenaron injusta y furiosamente, lo expulsaron para siempre, le requisaron los bienes paternos y, si hubieran podido, habrían manchado su gloriosa fama con culpas falsas. Lo confirman las huellas de sus peregrinaciones en el exilio, su sepultura en tierra extranjera y su prole dispersada en casas ajenas. Si todas las demás iniquidades florentinas pudieran ocultarse de la mirada de Dios (que todo lo ve), ¿ésta sola no bastaría para provocar su ira? Claro que sí. Considero que es honesto no hablar de quien, por el contrario, es alabado. Pensándolo bien, el mundo pre-

sente no solamente se ha descarrilado del camino correcto, sino que ha invertido la posición de los pies. Es muy evidente que, si nosotros y los que viven de forma parecida (en contra de la mencionada máxima de Solón) nos aguantamos de pie sin caernos, se debe a un cambio en la naturaleza de las cosas (por la costumbre, como suele ocurrir a menudo) o a un milagro especial, es decir: por méritos de algún antepasado nuestro, Dios (contra toda previsión humana) nos sostiene con su paciencia, que tal vez espera arrepentimiento de nuestra parte. Y si este último no se produce, que nadie dude de que su ira—que, a paso lento, precede a la venganza—nos reservará un tormento tan grave que compensará plenamente su retraso.

Aunque nos parezca que los errores quedan impunes, no solamente tenemos que evitar cometerlos, sino que debemos intentar corregirlos actuando bien. Siendo yo una pequeña parte de aquella misma ciudad de la cual Dante Alighieri representó una parte grandísima—por sus méritos, su nobleza y su virtud—, estoy obligado, como cualquier otro ciudadano, a rendirle honores. Aunque yo no sepa cumplir con una tarea tan elevada, por mis escasas facultades, in-

tentaré homenajearlo como hubiera tenido que hacer la propia ciudad. No lo haré con una estatua o con una tumba ilustre (ya no es costumbre y mis fuerzas no serían suficientes), sino con pobres palabras: son lo que tengo y lo que ofrezco para que en tierras extranjeras no se diga, con razón o sin ella, que su propia patria fue ingrata con el poeta. Y escribiré con un estilo muy humilde y ligero (mi inteligencia no permite un tono elevado) y en nuestro idioma florentino, para que no desentone con el que Dante utilizó en la mayoría de sus obras. Hablaré de lo que él, por honestidad, calló, es decir, de su noble origen, su vida, sus estudios y sus costumbres; y presentaré en conjunto sus obras, por medio de las cuales se entregó claramente al futuro. Tal vez mis palabras lo envuelvan con más tinieblas que esplendor, aunque no sea mi intención ni mi propósito. Por eso me alegrará si alguien más sabio que yo me corrige, si me equivoco en este u otro aspecto. Para que no ocurra, le ruego humildemente a Dios—que hizo que el poeta ascendiera a su contemplación, como sabemos—que me ayude y guíe mi mente y mi débil mano.

Florencia, la más noble entre las ciudades italianas, según las leyendas antiguas y la opinión compartida por los contemporáneos, fue fundada por los romanos. Con el tiempo amplió su territorio, su población creció y se llenó de hombres ilustres, y empezó a ser considerada por los que la rodeaban como una ciudad poderosa. No está claro qué provocó el cambio con respecto a los altos inicios, no sabemos si la fortuna fue contraria o adverso el cielo o si dependió de la forma de vivir ciudadana. Sin embargo, es muy cierto que, no muchos siglos después, Atila (el cruel rey de los vándalos y el destructor de toda Italia) mató y dispersó a todos o a la mayoría de los ciudadanos ilustres (lo eran por nobleza de sangre o por otras razones) y redujo la ciudad a cenizas y ruinas. Y así se cree que permaneció hasta el siglo III. Luego, cuando el Imperio romano se trasladó a la Galia y Carlo Magno (que en aquel entonces era el muy clemente rey de los francos) se convirtió en emperador, movido—creo yo—por el espíritu divino, tras muchos esfuerzos, se dedicó a reedificar la ciudad desolada. En cuanto pudo, hizo que los mismos que la fundaron reconstruyeran las murallas que la rodeaban y la erigieran y la habitaran como si fuera Roma; ade-

más, recogió las pocas reliquias que consiguió encontrar de los descendientes de los que antiguamente habían sido expulsados.

Entre los nuevos habitantes, tal vez como encargado de la reedificación y la redistribución de las calles, además de como responsable de la redacción de las leyes oportunas para el pueblo nuevo (tal como testimonia su fama), llegó desde Roma un joven muy noble de la familia de los Frangiapani, a quien todos llamaban Eliseo. Por suerte—quizás porque consiguió el objetivo principal por el cual había venido, o movido por el amor hacia la ciudad que él mismo reordenó, o por el placer de vivir allí, o tal vez porque vislumbró que en el futuro el cielo le sería favorable—se convirtió en ciudadano perpetuo de la ciudad. Y dejó una estirpe, ni pequeña ni poco loable, de hijos y descendientes que abandonaron el apellido de sus antepasados y asumieron como apodo el nombre de quien lo empezó todo: pasaron a llamarse «los Elisei». Con el paso del tiempo, la familia siguió ampliándose y nació y vivió un caballero destacado y valiente (por armas y por sensatez) cuyo nombre era Cacciaguida. En su juventud, por decisión de sus padres, se casó con una joven de la familia de los Aldighieri, de Ferrara,

que era preciada por su belleza, educación y nobleza de sangre. Y vivió con ella muchos años y con ella tuvo hijos. Todos recibieron un nombre convencional, pero ella—como suelen hacer las mujeres—deseó renovar el nombre de sus antepasados y a uno de sus hijos lo llamó Aldighieri, que se convertirá en Alighieri por la sustracción de la letra *d*. El valor de este último Alighieri fue tal que sus descendientes renunciaron al apellido Elisei y se convirtieron en los Alighieri (y así siguen apellidándose en nuestros días). Hijos, nietos e hijos de los nietos del primero llevaron, durante el reinado de Federico II, a otro Alighieri, que será famoso por su futura prole más que por sí mismo. Su mujer, embarazada y ya cercana al momento del parto, vio en sueños al fruto de su vientre que ni ella ni nadie conocía y que hoy, por el impacto que produjo, es por todos conocido.

La gentil mujer soñó que estaba bajo un árbol de laurel altísimo, en un prado verde, al lado de una fuente de aguas claras, y que allí alumbraba a un hijo: según le pareció, en un tiempo muy breve y nutriéndose sólo de las bayas que caían del árbol y del chorro de la fuente, el niño se convertía en pastor y se las ingeniaba como podía para conseguir hojas del árbol, cuyo fruto lo había ali-

mentado. Y mientras se esforzaba en conseguir su objetivo, le pareció verlo caer, y al levantarse ya no era hombre, sino que se había convertido en un pavo real. Se admiró tanto que interrumpió el sueño. Pasó poco tiempo y se produjo el parto y ella dio a luz a un niño: de común acuerdo con el padre, lo llamaron Dante, y merecidamente porque, como veremos, al nombre le siguió el efecto.

Se trata del Dante al que se dedica el presente tratado, aquel Dante que—por especial gracia de Dios—le fue concedido a nuestro siglo, el mismo Dante que abrió las puertas para que las Musas, expulsadas tiempo atrás, volvieran a Italia. Gracias a él se ha demostrado la dignidad del idioma florentino; gracias a él todo elemento de la lengua vulgar está reglado según la métrica correspondiente; gracias a él se puede justamente decir que la poesía muerta ha resucitado. Y todo lo anterior, debidamente analizado, demostrará que él no pudo recibir otro nombre que Dante.

Este singular e ilustre italiano nació en nuestra ciudad cuando el trono del imperio se encontraba vacante tras la muerte del ya mencionado Fe-

derico, en los años de la saludable reencarnación del Rey del Universo MCCLXV, con el papa Urbano IV en la cátedra de San Pedro. Y fue recibido en la casa paterna con un destino muy dichoso (dichoso—digo—según la circunstancia del mundo en aquel momento). En cualquier caso, dejando de lado la reflexión sobre su infancia (durante la cual ya aparecieron muchas señales de la futura gloria de su inteligencia), afirmo que desde el principio de su puericia, cuando ya se había iniciado en las letras, no se entregó a las diversiones lascivas y al ocio (como acostumbran a hacer los nobles de hoy en día, que crecen perezosos en los vientres de sus madres), sino que dedicó toda su niñez al estudio continuo de las artes liberales y se convirtió en un admirable experto.

Y a medida que su ánimo y su ingenio crecían, no se planteó realizar estudios lucrativos (como hoy todos suelen hacer): se sintió atraído por cierto deseo de fama perpetua y, menospreciando las riquezas transitorias, decidió libremente dedicarse a la comprensión completa de las obras poéticas y de la explicación exegética de su sentido profundo. En este ejercicio se familiarizó muchísimo con la obra de Virgilio, de Horacio,

de Ovidio, de Estacio y de todos los demás poetas famosos. No deseaba solamente conocer sus obras, sino que empezó a imitarlos con la altura de sus versos (como muestran sus obras, de las cuales hablaremos más adelante). Se dio cuenta de que las obras poéticas no son vanas o simples fábulas o palabras maravillosas (como creen muchos necios), sino que esconden frutos dulcísimos de verdades históricas o filosóficas y que, sin conocimientos históricos y de filosofía moral y natural, las intenciones poéticas no se pueden comprender plenamente. Por eso, distribuyendo debidamente su tiempo, se dedicó al estudio de la historia y de la filosofía con diversos maestros, no sin entrega y afán intensos. Absorbido por la dulzura del conocimiento de la realidad del cielo y de lo que encierra, al no encontrar en su vida nada más querido que este deseo, abandonó toda inquietud temporal y se entregó por completo al estudio. Y para que ningún aspecto de la filosofía permaneciera oculto ante su mirada, se adentró con agudo ingenio en las profundidades elevadísimas de la teología. La intención no se alejó del resultado: sin preocuparse por el calor ni el frío, por las noches en vela ni los ayunos, ni por cualquier otra incomodidad del cuerpo, llegó a

conocer, con dedicación constante, todo lo que la mente humana puede llegar a conocer acerca de la esencia divina y de las demás inteligencias angélicas. Y, a distintas edades, estudió las diversas ciencias, aprendiendo en varias etapas con diferentes doctores.

Empezó en su misma patria—como hemos mencionado—y de allí se trasladó a Bolonia, un lugar más fértil para su deseo. Cuando ya se aproximaba a la vejez fue a París, donde, disputando con su propia gloria, demostró varias veces la altura de su mente y donde todavía hoy, cuando se evoca, causa sorpresa. Justamente mereció títulos elevados por sus muchos estudios: mientras estuvo vivo, algunos siempre lo llamaron «poeta», otros «filósofo» y muchos «teólogo». Como la victoria es más gloriosa para el ganador cuanto mayores son las fuerzas del vencido, considero oportuno demostrar cómo él, tras ser arrastrado aquí y allí por el mar fluctuante y tempestuoso, arribó al puerto seguro de los famosos títulos que acabo de mencionar.

Los estudios suelen requerir soledad, la supresión de preocupaciones y la tranquilidad de ánimo, y más si se trata de los estudios especulativos a los cuales nuestro Dante, como se ha demostra-

do, se entregó por completo. En vez de serenidad y quietud, casi desde el principio de su vida hasta el final de su muerte, Dante vivió una pasión de amor insoportable y feroz, tuvo esposa y el compromiso de cuidados familiares y obligaciones públicas, experimentó exilio y pobreza. Dejando de lado las preocupaciones que por necesidad todos arrastramos, considero conveniente examinar una por una esas dificultades, para que su gravedad se haga patente.

En el tiempo en que la dulzura del cielo viste toda la tierra con sus ornamentos y la vuelve risueña por la variedad de flores que se mezclan entre las hojas verdes, en nuestra ciudad los hombres y las mujeres, por separado, acostumbraban a realizar celebraciones. Por eso Folco Portinari (hombre muy honrado entre los ciudadanos de aquellos tiempos), el primer día de mayo solía invitar a su casa a sus vecinos: entre ellos se encontraba el ya mencionado Alighieri. Como los niños acostumbran a ir con sus padres, y más si se trata de ocasiones festivas, lo acompañaba Dante, que en aquel momento aún no había cumplido nueve años. Y allí, tras la comida, se puso a jugar

como correspondía a su joven edad con los demás niños y niñas, pues había muchos en la casa del anfitrión.

En el grupo de los jovencitos se encontraba una hija del mencionado Folco, cuyo nombre era Bice (así la llamaban como diminutivo de su nombre originario, Beatrice). Tendría unos ocho años y era muy hermosa, de acuerdo con su niñez, amable y agradable en sus actos, de costumbres y palabras mucho más solemnes y modestas de las que su edad requería. Los rasgos de su rostro eran muy delicados y equilibrados: además de belleza, rebosaban tal gracia y honestidad que muchos la consideraban un ángel. Esta niña, pues (como la pinto o tal vez mucho más bella), apareció en la fiesta ante nuestro Dante (no creo que por vez primera, pero sí por primera vez con la capacidad de enamorarlo). Y él, pese a que todavía era un niño, recibió en su corazón la imagen de ella con tanto afecto que desde entonces no pudo olvidarla jamás. Nadie sabe cómo ocurrió, pero Dante, pese a su temprana edad, se convirtió en un ferviente servidor del amor. Tal vez se debió a la semejanza de inclinaciones y de costumbres, o a una especial influencia de los astros, o tal vez—como vemos a menudo en las fies-

tas—por la dulzura de las canciones, la alegría general, la delicadeza de la comida y del vino, que hacen que los ánimos de los hombres maduros y también de los jóvenes se expandan y se abran al placer.

Al margen de las hipótesis acerca de los eventos infantiles, lo cierto es que las llamas del amor se multiplicaron con la edad, hasta el punto de que nada le generaba placer o consuelo que no fuera verla a ella. Por eso, abandonando el resto de asuntos, iba solícito adonde creía poder verla, como si su rostro y sus ojos pudieran entregarle todo bien y todo consuelo.

¡Oh, juicio insensato de los amantes! ¿Quiénes, si no ellos, considerarían que añadir estopa reduce las llamas? Cuántos y cuáles eran los pensamientos, los suspiros, las lágrimas y las demás pasiones profundas que, con la edad, Dante experimentó en nombre de este amor, él mismo lo cuenta en parte en su *Vita nova*, por eso no me entretengo en relatarlos. Pero no quiero dejar de mencionar algo: según él mismo escribe (y según el testimonio de quien conoció su deseo), este amor fue honestísimo y nunca apareció, ni a través de una mirada, una palabra o un gesto, ningún apetito libidinoso ni por parte del aman-

te ni por parte de la amada. Y no es un detalle sin importancia en nuestro mundo presente, en el que ya no se disfruta del placer honesto, acostumbrados como estamos a conseguir lo que nos gusta según nuestros deseos, antes incluso de haber decidido amar. Y despierta admiración, en cuanto algo rarísimo, quien ama de otra forma.

Si tanto amor y tan prolongado pudo influir en el apetito, en el sueño y en toda quietud, ¿cuánto podríamos considerar que obstaculizó los estudios sagrados y el ingenio? No poco, sin duda. Muchos creen que el amor activó el ingenio, por las palabras hermosas, en idioma florentino y en rima, que Dante escribió elogiando a la mujer amada y expresando su pasión y su concepción del amor. Pero yo no estoy de acuerdo. No quiero afirmar, por tanto, que el estilo adornado sea parte importantísima de toda ciencia, porque no es cierto.

Como todos sabemos, en este mundo no hay nada estable, y si hay algo que cambia ligeramente es nuestra propia vida. Si sentimos un poco más de calor o de frío, dejando de lado los otros accidentes infinitos y posibles, pasamos sin dificultad del ser al no ser. Amabilidad, riqueza y juventud no están exentas de esta condición: